

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA
COLECCION DE FOLKLORE

BUENOS AIRES

21

MONTE GRANDE

Maestro ANGELA G. DE BARBIERI Escuela N° 43

Fojas 2

OBSERVACIONES

Refenda del país de la selva "El Tucuy"

Refenda narrada por un Tucumano llegado a la provincia de Buenos Aires. Vive en la selva un pájaro nocturno que, al romper el silencio de las sombras, estremece el alma con su lígubre canto. Esa ave tiene una historia. Y es la tragedia de su origen lo que evoca con su grito lastimero, ajeando entre las arboledas tenebrosas: ¡Tucuy!... ¡tucuy!... ¡tucuy!... (traducción: hermano mío).

En época muy remota, dicen las tradiciones indígenas una pareja de hermanos (un muchacho y una niña) habitaba un rancho en las selvas. Él era bueno; ella era cruel. Amábala él como pidiéndole ventura para sus horas hueifanas; pero ella acibaraba sus días con recalcitrante perversidad:

Desesperado, abandonaba él en ocasiones la choza, internándose en las mañanas; y ella amainaba en el aislamiento sus iras, hilando alguna redija en la ruca, o tramando una colcha en sus telares. Mientras vagaba por la selva el buen hermano pensaba en su hermana, y, pudoriéndola siempre, llevábale al rancho las algarrobos más gordas, los mistoles más dulces, las más sazonadas tuney. Venían ambos a los frutos naturales en aquel siglo de dolo. Proveyendo a su subsistencia, él atraía hoy para la casa un embudo atrapado a garrote por el estero cercano; o bien un sábalo pescado en la fига en el remanso del río; o un Quirquincho de la barranca próxima, o algún paual de la chiguana, mandando sus néctar por los simétricos abréolos. Palmo a palmo conocía su monte, y, siendo cazador de tigres además, protegía la morada. Un gure buscador de mieles, nadie tenía más despierto los ojos para seguir a la abeja voladora que lo llevaba a su columna: la de la aspa-mishqui escondida en el suelo, en un cardón enjambada; la del Tucuy-simi. Y las de cayanes ó de queya,

fabricadas en el tronco de los más duros árboles....

Todo esto le costaba trabajos y pequeños dolores; pero ella, en cambio, mostrábase indiferente, como gozándose en sus penas....

Volvió el una tarde sediento, fatigado, tras un día de infructuosa pesquisa; pues, como remaba la caña, estaban yermos y en escasez los campos. Sangrátale la mano, porqué al pretender agarrar una perdiz voladora a lires y caídas entre unas matas; pinchóle el seturuncu - Anakachina, el cactus espinoso "que hace llorar al tigre". Vidió entonces a su hermana un jarro de hidromiel para beberla y otro de agua para restañarse los harponazos. Grafo ella ambas cosas; mas, en lugar de servirselas, denegó en su presencia en el suelo la botijilla de agua y el tupo de miel. El hombre, una vez más, alzóse en desventura.

Peró, como al día siguiente le volcará también la ollita donde se cocinaba el loco de su refrigerio habitual, desesperado, resolvió vengarse. En cubriendo en su invitación sus deseos de venganza, invitóla para que le acompañase a un sitio no lejano, donde había descubierto miel abundante de moro-moros. No vistió zamara profesional, ni sus guanteletes, ni el sachosombbrero, ni llevó la boina de las muleadas, porqué juzgaba fácil la aventura. El árbol, un abuelo del bosque, era un embargo de gigantesca talla. Cuando llegaron allí, el mulechero persuadió a su perversa hermana a que debían operar con cuidado, buscando beneficiarse del rictar sin destruir las abejas pequentas, pues se referían historias de cazadores meleros desaparecidos bruscamente a manos de un dios invisible que protege las colmenas.... Sobre la horqueta más alta hizo pasar su lazo; y le preparó en un escherno, a guisa de colimpio, para que subiese su hermana, bien cubierta por el poncho, en defensa del enfambre, ya alborotado por la maniobra. Cuando al otro escherno, a manera de comedia palau.

ca, la solivió en el aire, hasta llegar a la copa; y cuando ella se hubo instalado allí, sin descubrirse, él empezó a emular que ascendía por el tronco, desgañándose a hachazos, mientras bajaba en realidad.

Trasó después el lazo, y huyó sigilosamente... Presa quedaba en lo alto la infeliz.

Transcurrieron instantes de silencio. Ella habló..... Nadie respondía..... Como empezara a temer, solivió la manta que la tapaba, dejando apenas una rendija para espiar. El zumbido de los insectos la aturdió, pues el armado enfambre revolaba furioso en derredor, vibrante de alas y pompas. Ese rumor confuso revelaba la profundidad del silencio. ¿Que podría ser? No sospechaba la hora ni el lugar. Ciega de honor y de coraje se descubrió de súbito, así la acribillaran las moro-moros; al descubrir el espacio, el vacío del vértigo la dominó... ¡Vola, vola para siempre!.....

Abandonada a semejante altura, sobre un tronco liso y largo, sin otras ramas que esas a las cuales se aferraban sus manos pretas en constructos de nudo, se prueba para ver si el hermano reaparecía allí.

La acometían deseos de arrojarse, pero la brusquedad del golpe amilanábala. No obstante, si perecía allí, quien sabe si los Caranchos no vendrían a saciarse ^{en} ella, como en las osamentas de los animales que morían ignorados en el monte.

Mientras tanto la noche iba descendiendo en progresiva intensidad de sombra. Desde su atalaya, la polve huiéscana había podido, por primera vez, contemplar sobre el panorama de la Selva la inmenidad de los horizontes, y la sucesión de las copas verdes que se unían formando obscuro océano encrepado de gigantescas olas.

El sol, hundido tras de los árboles, la impresionó más soberbia que nunca, iluminado el enorme lomo del bosque con su claridad apacible y decorado el cielo de Occidente por cosmogónicos resplandores.

Puero vio aquella gran luz agrandarse hasta envolverse toda en la noche.... — Noche sin astros para mayor desventura.... Nunca se mostro más parcoso el cielo ni más callada la breña. Viciéroule ansias locas de perderse en lo ignoto, de tender esa inmensidad de árboles y humedades, o llenar el silencio de un solo grito más, ahora, se le anuscaba la garganta muda y la lengua se pegaba en la boca con sequedad de arcilla. Gritaba como si el ábrigo la azotase con su punzante frío y sentía el alma toda mordida por implacables recordamientos.

Los pies, en el esfuerzo animal con que ceñían su rama de apoyo, fueron desfigurándose en garras de buho; la nariz y las uñas se encorbaban, y los dos brazos, abiertos en agónica distensión, empujaban desde los hombros a las manos. Nunca asfisciante la estranguló, y, al verse de pronto convertida en ave nocturna, con impetu de volar avanzóla del árbol y la empujó a la comba....

Aquí nació el Raucy. La pena rompió en su garganta llamando a aquel hermano justiciero. Y el grito de contrición de esa mujer convertida en ave, resuena aún y resonará sobre la noche de los bosques natales: ¡Curay!... ¡Curay!... ¡Curay!...

Angela González de Parodi

Escuela Nacional N° 43.